

La calle para el martes 25 de abril de 2010  
Diario de un espectador  
Ronald Zollman  
por miguel ángel granados chapa

Ronald Zollman dirigió la Orquesta Filarmónica de la UNAM durante cuatro años, de 1998 a 2002. En ese lapso, la orquesta no pudo realizar sus actividades —ni ensayar ni ofrecer conciertos— durante un año, debido a la prolongada huelga que un grupo de activistas impuso a la comunidad universitaria, a pesar de que su exigencia de no incrementar las cuotas había sido aceptada.

En sus años de trabajo efectivo, Zollman logró una muy buena comunicación con el público, lo cual se comprobó este fin de semana, cuando volvió a la sala Nezahualcóyotl, esta vez como director huésped de la Ofunam,. Fue recibido con calor y entusiasmo por las porciones de aquel público que apreciaron su papel al frente de la orquesta universitaria. Desde que hizo su entrada al comenzar la función se manifestó ese reconocimiento, que no dejó de repetirse al término de cada uno de los tres números de que se compuso el programa: la Pasacaglia op. 1, de Anton Webern; el concierto para violín y orquesta No. 1 en e mayor, opus 19, de Sergei Prokofiev y la colosal sinfonía número siete (en la mayor opus 92) de Beethoven. Naturalmente, cuando concluyó el cuarto movimiento de esta última intervención el entusiasmo, que no sido había moderado, se desbordó. Mucha gente de puso de pie para aplaudir al director añorado.

Tal vez se daba a esa deformación de las imágenes provocada por la ausencia. Pero es más probable que la satisfacción dejada por Zollman entre los seguidores de la Ofunam haya sido el eficaz motor de esa reacción obviamente espontánea. Siempre se nota cuando en un concierto un intérprete y aun el hombre de la batuta invitan a sus amigos para que hagan ruido favorable. No era ni remotamente el caso, no sólo por la distribución de los núcleos emocionados por la actuación de Zollman, sino porque eran manifestaciones de gratitud no por vibrantes escandalosas, como ocurre a veces con las porras a las que se les pasa la mano.

Una de las razones por las que creemos que Zollman fue despedido con pesar y bienvenido con alegría ha sido su respeto por el público. No lo consideró nunca subdesarrollado ni pueril, al que hubiera que llevarlo de la mano por el abecé de la música de concierto. Al contrario, lo consideró maduro y a partir de esa condición con frecuencia introdujo música novedosa o raramente tocada en México. No fue complaciente ni populista, ni tampoco reservó su música para unos cuantos entendidos. Su equilibrio en la programación, nos parece, fue una de las claves de su aplaudida permanencia en México y de su aún más clamorosa bienvenida el sábado.

Cuando Zollman llegó en 1998, venía de ser director, durante cuatro años, de la Orquesta sinfónica nacional de Bélgica, su patria y en cuyos conservatorios de Amberes y Bruselas se formó. Luego de su partida de México se instaló en Israel, donde dirigió la Orquesta sinfónica del norte de ese pequeño y bravo país, con sede en Haifa. Desde

fines del año pasado dirige la Filarmónica de la Universidad Carnegie Mellor en Pittsburgh.

Por este fugaz retorno de Zollman había en la sala Nezahualcóyotl un ambiente festivo que se completó con la actuación del violinista Ráphael Oleg, quien ya había tocado con la orquesta universitaria, precisamente en los años de Zollman. Fue muy bien acogida su interpretación del concierto de Prokofiev para violín y orquesta, que suscitó un buen *encore*.